

ria brillaba ante la imaginación popular como la esplendente aurora de la grandeza helénica.

Si el vulgo de hoy ha hecho de ella una maga, el pueblo entonces la veneró como una heroína, y la poesía llegó en su entusiasmo hasta colocarla en el cielo junto a Zeus, el padre de los inmortales. En cuanto a la severa historia no puede rechazar su existencia, y, aunque despojándola de sus arreos maravillosos, la estudia como un asunto importante, la ve destacarse cada día más claramente en el vago horizonte de la Fábula, y va conducida por la crítica hasta considerarla como una de esas mujeres extraordinarias que saben asociar su destino a los destinos de los grandes hombres de su época, y muchas veces dirigirlos como inspiradoras o apoyarlos como auxiliares. Estas mujeres a quienes puede llamarse predestinadas, aparecen de tiempo en tiempo en el mundo, poetizan con la luz de su belleza la tempestad de las revoluciones, mezclan la melodía del sentimiento a los rugidos del combate e inmortalizan en la memoria naciones con el atractivo de lo romanesco, las rudas vulgaridades de la epopeya.

Así se explica el cómo ha llegado hasta nosotros con el nombre de Médêa y al través de tantos siglos la historia de los Argonautas, historia envuelta en la irisada niebla de las leyendas maravillosas, pero en la que el ojo penetrante del buen sentido ve un hecho verdadero, un hecho que, desnudo de su carácter mítico, se presenta

como una audaz expedición pirática o comercial, organizada por un pueblo ambicioso, pobre, valiente, emprendedor, para arrebatarse a pueblos más antiguos y ricos el secreto de su prosperidad, el predominio de los mares, y el trono de la civilización.

El mundo antiguo está lleno de estas narraciones fabulosas con que la imaginación infantil de los hombres prehistóricos explica la insensante, la eterna lucha que los grandes grupos que se llaman naciones, han sostenido, sostienen y sostendrán entre sí para disputarse la primacía y la superioridad. Si aún después del nacimiento de la historia, si aún en nuestros tiempos de cultura y escepticismo todavía el héroe se acompaña con el dios, y todavía se disfraza la ambición con la librea de la obediencia a los mandatos celestes, y se arrastra a las masas con el mito de la gloria militar; si todavía los guerreros de hoy se presentan con las proporciones atléticas de los compañeros de Jasón, podemos figurarnos fácilmente lo que serían aquellos siglos en que la poesía creaba a los dioses, y los oráculos a los héroes.

Volviendo a Médêa, ciertamente merced a lo romanesco de sus aventuras y a su intervención poderosa en la Epopeya Argonáutica, ésta ha podido mantenerse hasta llegar a nosotros viva, palpitante, llena de interés. Todavía más, y ateniéndonos a la leyenda que evidentemente tenía razón de ser, puede asegurarse que sin Médêa,

la famosa expedición de los héroes griegos no habría tenido éxito y la preponderancia de la Grecia en el mundo antiguo se habría retardado quizás por muchos siglos.

Y decimos que la leyenda tenía su razón de ser, porque el patriotismo helénico, que, como todo patriotismo elevado, prefería siempre la gloria del propio ser sobre la gloria del extraño, no pudo ni quiso eclipsar en la memoria del pueblo agradecido la gloria de Mèdêa, y con sinceridad y con veneración la conservó siempre en sus tradiciones heroicas, la hizo adorar como un numen protector de la patria, lloró con sus desventuras, maldijo la ingratitud de Jasón, y agotó el vocabulario de las palabras dulces y tiernas para hablar de la hermosa hija de la Kólchide, tan mal pagada por el pérfido a quien hizo grande aun a costa de su propia dicha.

Hesiodo en su *Teogonía* la llama *Medea*, a los pies de hechiceros. Hablando después de Jasón, dice: «Dócil a los consejos de los dioses inmortales, el hijo de Esón arrebató a la hija de Æetes, de ese monarca descendiente de Júpiter, después de haber llevado a cabo numerosos trabajos que le había impuesto el gran rey Pelias, ese rey orgulloso, insolente, impío y criminal. Vencedor, en fin, después de largos sufrimientos, regresó a Iolchos, trayendo sobre su ligera nave a la virgen de los negros ojos, a quien hizo su encantadora esposa.»

Píndaro en una de sus más bellas odas (la IV

Pythica,) dice que la boca de Mèdêa era una boca divina, que su lenguaje era *lenguaje de alta sabiduría*.

La *Argonáutica* atribuida a Orpheo 1 la llama *infortunada Medea, la virgen desgraciada, la desdichada joven*; alaba su pudor, su sabiduría y su ternura.

Apolonio de Rhodas, en su poema *Argonáutica* también conmueve profundamente con los cuadros en que presenta a Mèdêa, virgen enamorada de Jasón y sufriendo por su causa desde el principio de sus amores. Y ahí pone en boca de Jasón al encontrar a Mèdêa, estas palabras: «*La amable bondad brilla en vuestra frente*,» con lo que caracteriza la imagen de la bella Kólchida.

El coro de mujeres Corinthias en la tragedia de Eurípides no tiene para Mèdêa sino palabras de compasión, de consuelo, y no se atreve a condenarla, ni aun en los momentos en que, enfure-

1.—Se ha convenido generalmente, y eso desde la antigüedad en que el poema de los Argonautas no es del famoso poeta y legislador de Thracia, sino de Onomácrito de Atenas, el adivino, que según Herodoto—libro VIII (Polimnia) 6,—vivía en el tiempo de Pisistrato y que había coleccionado los oráculos de Museo.

Se sabe que la existencia misma de Orpheo ha sido puesta en duda, aunque contra el testimonio de toda la antigüedad. Véase el magnífico estudio de Litle Desalles sobre Orpheo y sus obras en la colección de Falcoünet.—Paris, 1860.

cida por los celos, el poeta le hace matar a sus hijos, y es preciso notar que se acusaba a Eurípides, ya en su tiempo, de haber sido pagado por los Corinthios para hechar sobre Médêa la culpa del asesinato de sus hijos, que ellos, según la tradición, habían despedazado.

El juicioso Diódoro de Sicilia, que cuenta detalladamente la expedición de los Argonautas, hace de la joven princesa un pomposo elogio, y la presenta como una benefactora de los extranjeros cuando vivía en la Kólchide; y aunque después admite que ella mató a sus hijos, trastornada por los celos, añade que más tarde, cuando Hippotus, hijo de Kreon, la acusó ante el tribunal, éste la declaró inocente. 1

Por último, Pausanias, que en sus viajes visitó a Corintho, asegura que encontró todavía arriba de la fuente de Glauka y del templo de Apolo, y junto al Odeón, la tumba de los hijos de Médêa, Mermeros y Phérés, *muertos a pedradas por los Corinthios, a causas de los regalos que habían llevado a Glauka*. Asegura también que los antiguos habitantes habían establecido sacrificios propiciatorios cada año en honor de esos niños y que habían erigido una estatua al Terror, que él vió y que representaba a una mujer de espantoso aspecto. Hace constar también la costumbre que tenían los niños de Corintho de cortar sus cabe-

1.—Diódoro de Sicilia, lib. IV.—XLVI hasta el LVI.

llos y de llevar vestidos negros, en señal de duelo, si bien estos sacrificios y costumbres no se conservaban ya en su tiempo, a causa de estar poblada Corintho por habitantes nuevos, habiendo perecido los antiguos en la toma de esa ciudad por los romanos. 1 Y menciona otro poema que tenían los griegos y en que se habla con honor de Médêa, las *Navképticas*. 2

Por donde quiera, pues, en la antigua Grecia se encontraban recuerdos de la ilustre y desventurada mujer; los poetas todos la celebraban en sus cantos, con excepción de Homero, que no la menciona en la Iliada, ni en la Odisea, circunstancia que ha llamado la atención de todos tanto más cuanto que la Argonáutica parece haber sido como la primera parte de aquella gran guerra de la que es la segunda la Epopeya homérica.

Pero los demás poetas han ensalzado a porfía, han llegado en su entusiasmo hasta hacerla amar de Zeus, el más grande de los dioses, a quien ella resistió, captándose con esto la protección de Hêrê, que para premiarla hizo inmortales a sus hijos; la desposaron con Theseo, de quien tuvo descendientes, y no contentos con eso, la unieron después de su muerte a Achiles en el Eliseo

1.—Pausanías. —Descripción de la Grecia.—Corinthia.—III.

2.—Pequeños fragmentos de este poema han llegado hasta nosotros y han sido publicados por Düntz.

y levantaron templos para adorarla, como a uno de los genios tutelares de la Grecia.

Así pues el nombre de Medea estaba enlazado al nombre de los dioses y de los héroes, y consagrado por la religión y por el orgullo nacional en el espíritu del pueblo griego. El marcaba una época, una de las épocas grandiosas que habían servido de punto de partida a la admirable historia de aquel pueblo sublime, que todavía llena el mundo con la inmensidad de sus recuerdos. Y ciertamente que tenemos razón de decir que aquella época es un punto de partida. Herodoto a quien se ha llamado el *el padre de la historia*, lo considera así, y dando como origen de la colosal querrela entre las antiguas naciones comerciales del Asia y la Grecia, los raptos legendarios o ciertos de mujeres famosas, dice invocando el testimonio de los sabios persas, que la argiva Io, hija del rey Inachus, fué robada primero por comerciantes phenicios, en tiempo en que éstos emigrando del Mar Rojo habían acabado por establecerse en las costas del Mediterraáneo y habían cometido grandes empresas marítimas. Que después ciertos griegos abordaron a Tyro y se robaron a Europa, también hija de rey. Así dice Herodoto, *el ultraje había sido pagado con el ultraje*. Pero luego los griegos se convirtieron en agresores. y después de haber llegado a la Kólchide y alcanzar su principal objeto, se robaron a Medea, hija del rey. Este envió un heraldo a la Grecia

para pedir justicia de ese rapto y reclamar a su hija, pero se le respondió que no habiendo recibido los griegos satisfacción por el rapto de Io, tampoco ellos la darían por el de Medea. Dos generaciones después Páris, hijo de Priamo, habiendo oído estas aventuras, resolvió robarse a una mujer griega, convencido de que no tendría que dar ninguna satisfacción, puesto que los griegos no la habían dado tampoco. Pero cuando se robó a Helena, los griegos tomaron el partido de enviar mensajeros para reclamarla y pedir satisfacción. Cuando estos expusieron el objeto de su embajada, los troyanos alegaron el rapto de Medea, y respondieron que no habiendo los griegos ni devuelto la persona de ésta, que se le reclamaba, ni dado satisfacción, no debían esperar reparación alguna. 1

De este modo la historia naciente se amamanta en la leyenda, lo mismo en Grecia que en todas partes.

Más tarde la crítica absuelve a la historia, de su credulidad, cuando al examinar con ojo atento los sucesos, encuentra en ellos un origen natural y sencillo.

Así Strabón, el sabio geógrafo, nos anuncia desde la antigüedad la explicación de la fábula de los Argonautas.

Hablando de la Kólchide, dice: «De todos mo-

1.—Herodoto, lib. 1. —I, II, III.

dos, si en el fondo, lo que la tradición cuenta, sea de la navegación de las Argonautas hacia Phasus, por orden de Pelias, sea de su regreso y de la conquista que hicieron de muchas islas que abor-daron, merece algún crédito, como todos lo conceden; igualmente sus *errores lejanos*, así como los de Menelaus o de Odisseyus, son cosas apoyadas tanto sobre la fe de monumentos que subsisten todavía hoy, como sobre el testimonio de Home-ro. Se nos muestra cerca de Phasus (*hoy el Rione*,) la ciudad de Æea, desde donde se cree gene-ralmente que Æetes gobernó la Kólchide, y aun este nombre de Æetes es común en el país; se conoce también allí la historia de la mágica Me-dea. *Las riquezas de este país, en oro, en plata, en hierro, anuncian lo que puede haber motivado la ex-pedición de Jasón y un poco antes de la Phryxus.* Existen monumentos de la una y de la otra. Tal es el *Phryxim* en los confines de la Kólchide y de la Iberia; tales son las diversas *Jasoneas* que se ven en la Armenia, en la Media (hoy Iraq-Adja-mié Irak Persane,) en las comarcas vecinas. Se dice que otros monumentos cerca de Sinope (Si-noub) y sobre la costa en que esta ciudad está si-tuada, en las riberas de Prepóndite (el mar de Mármara) en los del Hellesponto (estrecho de los Dardanelos;) y hasta cerca de Lemnos (Lemno, atestiguan que Phryxus y Jasón han navegado en estos rumbos. En cuanto a este último y a los Kólchidas que los persiguieron, se encuen-

tran huellas de su paso hasta Kreta (isla de Can-día,) hasta en Italia y en el fondo del golfo adriá-tico (golfo de Venecia.) 1

Nos hemos atrevido a hacer este pequeño en-sayo de crítica histórica sobre el personaje de Medea, tratando de reconstruirlo con los fósiles de la edad heróica, aunque bien sabemos que nuestras conclusiones al menos en lo relativo al Periplo de los Argonautas, son contrarias a las de un eminente historiador moderno, tal vez el más eminente de los que han escrito sobre las cosas de la Grecia Groote, cuyo caracter severo y escéptico, no le permite ver ni un rayo de luz entre las sombras de la Leyenda, y para quien los monumentos, las tradiciones y la equiescencia de cien pueblos no tienen más origen que la fantasía, época (*no other parentage than epical fancy*) ha relegado el viaje de los Argonautas y todo lo que a él se refiere, a la categoría de los cuentos. 2

Pueda que tenga razón en el fondo, pero no-sotros no estamos convencidos todavía, y por eso nas limitamos a buscar en la Fábula algún hecho razonable y sencillo.

Por otra parte, nosotros tenemos una razón de analogía puramente local, para creer en la in-

1.—Strabon, Geographia, lib. 1, pág. 45.

1.—Groote, History of Greece, 1 st. vol. chap. XIII.
—Argonautic expedition.

fluencia de ciertas mujeres en la Epopeya, y aunque esta razón no debe pesarse en la cuestión de los hechos especiales, sí puede aceptarse por la crítica para ser aplicado en lo que parezca semejante.

Nosotros tenemos en México una Médêa, menos brillante, menos ensalzada por los ingratos a quienes sirvió de instrumento, menos terrible que la primera Kólchida, pero no menos influente en los grandes sucesos de la conquista, y enteramente parecida a aquella por su belleza, por sus talentos, por sus amores con el conquistador por su abandono después y por su traición a su patria en favor de los enemigos de ella.

Esta Médêa es la *Malinche*, la manceba de Cortés, su auxiliar eficacísima en todas las peripecias de la conquista. También ella era una princesa hermosa, joven, casi proscrita por los suyos que la entregaron como esclava. Si la india de Tabasco no conocía los secretos de la magia, conocía la lengua del país y la del conquistador, y merced a esa habilidad, pudo hacer que se abriese paso a Cortés hasta Tenoxtitlán, pudo engañar a los caciques, atraerse a los guerreros y denunciar al español la conspiración de los cholultecas, más terribles que los taúridas que venció Jasón, y por último, puede decirse que, merced a ellas se adormeció el dragón que guardaba este *vellorcino de oro*, más opulento que el de la Kólchide y

que enriqueció a la España por espacio de trescientos años.

También el nombre de la Malinche está indisolublemente ligado a ese brillante Periplo de los aventureros españoles del siglo XVI, por el cual se descubrieron y conquistaron imperios más vastos que los que florecían en las costas del Asia, y océanos más desconocidos que aquellos que recorrió el Argo construído con los árboles proféticos de Dôdonu.

Nosotros preguntamos: Si la éra de Carlos V hubiera sido la edad heroica de la Grecia, si los españoles hubieran sido griegos antiguos, si la historia no hubiera nacido aún, si la Malinche hubiera sido una monja cristiana como Médêa era sacerdotisa de Hécate, los supersticiosos compañeros de Hernán Cortés, que vieron muchas veces al apóstol Santiago combatir a su lado, ¿no habrían revestido a la traidora auxiliar con los arreos maravillosos que los griegos dieron a la suya?

Y después de muchos siglos la conquista de México se hubiera referido, no por los labios severos de la crítica histórica, sino por la lengua infantil de la tradición, o por la mentirosa voz de los sacerdotes, ¿no habría perecido a la posteridad un personaje enteramente místico la *Malinche*, y la Conquista de México un cuento *engendrado por la fantasía épica*? Evidentemente que sí. Todavía: perteneciendo el siglo XVI a los

tiempos históricos, más estudiados por nuestra generación, más llenos de luz, como que eran al principio de la era moderna, hemos visto desfigurada la historia de la conquista y puestos en duda como fabulosos ciertos hechos, comprobados por monumentos incontrastables. un escritor norteamericano, no ha temido envolver hace poco el suceso todo de la conquista en el mismo anatema que Jorge Groote lanzó sobre la famosa expedición argonáutica.

Y ya que el desdén, la ingratitud o las preocupaciones de los conquistadores, no gratificaron con el apoteosis la traición de la Malinche, ¿no es cierto que el odio de los indios ha inmortalizado esta figura con la creación fantástica de suplicios legendarios, ora enclavándola sobre el espinazo de nuestras cordilleras, ora haciéndola vagar llorosa y sombría al rededor de ciertas fuentes, ora personificándola como una furia, anuncio de pespes y calamidades?

He aquí, pues, cómo la leyenda se apodera de los personajes históricos para darles proporciones fantásticas, pero que no pueden inducir al criterio a negar la existencia de aquéllos, sino antes bien le sirven de dato para estudiarla.

Pero es tiempo ya de que hablemos, aunque brevemente, de la leyenda de Médêa que ha servido a los poetas trágicos para la composición de sus obras.

Según la tradición que tomamos de Diódoro

de Sicilia, después de que Jasón se vengó terriblemente en Iolchos de su tío y enemigo del usurpador Pelias, merced a las estratagemas de Médêa, dió el trono de ese reino a su primo Achastus, hijo de Pelias, y dándose a la vela con los otros Argonautas, llegó a Corinto donde ofreció sacrificios a Neptuno y le consagró el navío Argo. Después, habiéndose captado la estimación de Kreon, rey de Corinto, obtuvo el derecho de ciudadano allí y permaneció tranquilo por espacio de diez años, en unión de Médêa, de la cual tuvo tres hijos. Durante ese tiempo, Médêa fué siempre amada de su marido porque era hermosa, prudente y estaba adornada de otras virtudes. Pero como los años hicieron desaparecer la belleza de Medea, Jasón se enamoró de Glauka, hija de Kreon, y la pidió en casamiento.

Habiendo consentido Kreon en este matrimonio y fijado el día de las nupcias, Jasón propuso a Medea una separación voluntaria. Añadió que quería casarse con Glauka, no porque repudiase a Medea, sino con el objeto de emparentar a sus hijos con la familia real.

Iudignada de esta proposición Medea, tomó a los dioses por testigos de los juramentos que su marido le había hecho. Pero Jasón, despreciando la cólera de Medea, se casó con la hija de Kreon. Medea fué desterrada de la ciudad, y Kreon no le concedió sino un solo día para preparar su partida. Sin embargo, Medea habiendo cambiado su

semblante por medio de drogas, entró en la noche en el palacio, le puso fuego con una pequeña raíz que había sido encontrada por su hermana Circe, y tenía la propiedad, una vez encendida, de no extinguirse sino difícilmente. En el momento el palacio fué presa de las llamas; Jasón escapó prontamente, pero Glauka y Kreon fueron devorados por el fuego. Según algunos historiadores, los hijos de Medea llevaron a la desposada algunos presentes preparados con drogas; Glauka, después de haberlos recibido y puéstolos sobre su persona, fué víctima de su influencia; su padre que vino a su socorro y tocó el cuerpo de su hija, pereció del mismo modo. Después de haber logrado su objeto, Medea no renunció a vengarse de Jasón. Había llegado a un grado tal de cólera, de celos y de crueldad, que ella le hizo sentir que no había escapado al peligro de perecer con su joven esposa sino para sufrir el suplicio más cruel de ver perecer a sus hijos comunes. En efecto, los degolló a todos, con excepción de uno solo que huyó, y enterró sus cuerpos en el templo de Juno. En fin, saliéndose de Corinto, en medio de la noche, con sus más fieles esclavos, se refugió en Thebas cerca de Hércules. Este, garante del pacto concluído en la Kólchide, había prometido protegerla si Jasón le faltaba a la fe prometida. (1)

(1) Diódoro de Sicilia, lib. IV, LIII y LIV.

LA TRAGEDIA.

II

«En general, los poetas trágicos, dice el historiador que acabamos de citar, han adornado mucho con sus ficciones la historia de Medea».

En efecto, la musa griega, como no podía menos de suceder, se apoderó de este asunto patético y terrible para ponerlo en la escena a los ojos de aquel pueblo helénico ávido de grandes emociones.

Sophoklès parece haber escrito una *Medea*, pero se perdió con otras piezas de este poeta célebre.

Quédanos sola la *Medea* de Eurípides, que es la que ha servido de modelo a los romanos, y luego a los traductores e imitadores de todo el mundo.

Eurípides, *el más trágico de los poetas*, como le llama Aristóteles en su *Poética*, y a quien prefiere Quintiliano sobre Sophokles, aunque la crítica moderna le ha dado unánimemente el tercer lugar entre los trágicos griegos, desplegó en *Medea* todas las brillantes dotes que le hacen admirable.

En efecto, la pintura de gran carácter de Me-